

BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TOMO LXV

ENERO-MARZO DE 1982

No. 25



HOMENAJE AL PRECURSOR, EL GENERALISIMO FRANCISCO DE MIRANDA*

CENTRO DE INFORMACION
CIENTIFICA Y HUMANITARIA
10 ENF. 1983

Por MANUEL RAFAEL RIVERO

El encargo que me fuera hecho para venir aquí a pregonar la gloria de Don Francisco de Miranda, Precursor de la Independencia de los países de la América del Sur, Mariscal de Campo, General en Jefe de los Ejércitos del Norte en aquella hora magnífica de la gran revolución, nacido en Caracas, en casa rica que le aseguraba vida plácida y holgada, muerto en la prisión del Arsenal de la Carraca, en Cádiz, purgando la pena de haber amado la libertad por sobre todas las cosas y de haber pretendido ofrecerla a los hombres, sin distinciones de razas ni de pueblos, a lo largo de su andar, es alto honor que me conmueve y me obliga al reconocimiento y gratitud sincera para con el señor Presidente de Venezuela, Dr. Luis Herrera Campíns. Tales sentimientos, no deseo silenciarlo, se exaltan y me abruman, por el hecho de que todo sucede aquí, en París, ciudad recipendaria de mis más caros afectos.

Ciudadano del mundo, tal vez el más universal de todos los americanos de su tiempo, Miranda realizó en Francia uno de sus más significativos trabajos en pro de sus grandes ideales. Francia le permitió enriquecer y valorar sus sueños de libertad en una hora que fue y sigue siendo esencial para ella y para toda la humanidad, haciéndole testigo excepcional y servidor en primera fila de aquellos grandes acontecimientos.

Regresa hoy en bronce a París el Generalísimo Don Francisco de Miranda. El artista, Lorenzo González, formado en París, esculpió la estatua hace más de cincuenta años, por encargo del Gobierno de mi país, para ser colocada en Valmy. Esta que hoy se ofrece es una reproducción de aquella.

Ya su nombre estaba inscrito en el Arco de Triunfo de la Plaza de la Estrella, gracias al interés que en ello puso Luis Felipe de Orleans, su Ayudante de Campo en el Ejército del Norte. Acompañémosle en un viaje iluminado de ensueños, por senderos de aquella Francia convulsionada y radiante a la cual sirvió con desbordada pasión de "sans-coulotte".

Esta ofrenda de Venezuela a Francia, la cual deja, complacida, en las manos de la ciudad de París, queda hecha con la clara intención de que se tenga y se re-

* Discurso inaugural de la estatua de Miranda en París. (29-III-82).

ciba como vigorosa aspiración, renovadora de viejos y jamás perdidos afectos. Pero, también, de orgullosos apegos a nuestros orígenes como pueblo, el cual ha hecho de la implantación de la libertad, en sus fronteras y más allá de ellas, casi una obsesiva pasión, generadora de su propia proyección en el conglomerado de las Naciones Hispanoamericanas, por cuya independencia fue capaz mi país de consumir los más grandes sacrificios, sin nunca pretender por ello compensaciones que no encuadraran dentro del mutuo y honorable respeto y del compartido orgullo, consumado en aquella gesta tan fervorosamente compartida.

De todo cuanto hicieron sus grandes hijos en aquel tiempo auroral, cuando se plasmó definitivamente el rostro de nuestro país, los trabajos del Generalísimo Miranda, el Precursor, ocupan lugar de encumbramiento. De ellos hemos seguido los venezolanos derivando enseñanzas y ejemplos. No se trata de un héroe reducido a los puros textos de historia. En el curso de casi dos siglos que nos separan de esos hechos, la historia de Venezuela se ha ido escribiendo con un consecuente respeto al legado de nuestros héroes independentistas. Hemos sufrido los avatares que dejan tras de sí el acomodo de los tiempos. Hemos padecido la arbitrariedad de prolongadas y crueles dictaduras, de guerras intestinas devastadoras, de miserias materiales pavorosas. Lo que hoy disfrutamos en paz y en un cierto conocido grado de bonanza, jamás lo hemos entendido como una posibilidad de actuar o de pensar a espaldas de aquellas orientaciones primigenias.

Hemos amado la libertad apasionadamente pero nunca la hemos entendido como bien para el disfrute egoísta, ni la hemos concebido como presa para el afianzamiento de un interés particular. Más bien, la libertad ha sido para nosotros compromiso que nos ata indisolublemente a nuestra esencia, al mensaje recibido de los creadores de la nacionalidad, —junto con Simón Bolívar, este Francisco de Miranda de la alborada—, el cual hemos guardado celosamente y al cual no estamos dispuestos a renunciar. Debería, así, entenderse la ofrenda de esta estatua, como símbolo y testimonio de este empeño, presente y actuante en el modo de ser de los venezolanos, sin distinciones ni repartimientos.

* * *

A los cuarenta y dos años de su edad Don Francisco de Miranda conservaba intacta su prestancia. Le favorecía la estatura, la soltura de los modales y, sobre todo, la aguda viveza de la mirada. Vestía a la moda, suntuosamente, sin descartar algunas de las extravagancias impuestas por los nuevos tiempos, tan en franca oposición con las maneras del antiguo régimen. Discurría con desenfado y solía hacerlo refiriéndose a su propia experiencia de viajero ilustrado, tan del gusto de la época. Había conocido los Estados Unidos al tiempo de su independencia, en cuya lucha actuó activamente, integrado a las fuerzas españolas enviadas en socorro de los insurgentes. Había recorrido casi toda Europa, observando el quehacer de hombres y de instituciones con minucia de escribano. Seducía a sus contertulios por la brillantez de su discurso, por la fogocidad de su expresión, por la pasión que lograba imprimirle a sus ideas y a sus planes de reforma social, tan profundamente imbuidos en el pensamiento de filósofos y literatos divinizados por sus contemporáneos.

Para sus admiradores era el indiano, el criollo, el americano que tenía la

toda su relación con el gobierno inglés se observa como una marcada tendencia a manejar el asunto tan hábilmente, por parte de éste, que las negativas y las frialdades corren parejas con los cambios de actitudes de Inglaterra en relación con España. Es evidente que no existió jamás correspondencia entre las proposiciones del Precursor y las intenciones de los ingleses al respecto. Esto le lleva a una ruptura extremadamente violenta con el Primer Ministro Pitt. En el colmo de la irritación melodramática, tan del gusto de la época, le escribe: "He sido vendido por un tratado de comercio con España". Y concluye, muy claramente, contundente: "Nunca debería Ud. olvidar que todas las ideas involucradas en esos planes le fueron comunicadas expresamente con el fin de promover la libertad y la felicidad del pueblo hispanoamericano y el bienestar y el honor de Inglaterra como objetos enteramente compatibles uno con otro".

Esta, a muy grandes rasgos, era la situación que enfrentaba Miranda al momento del estallido de la Revolución en Francia. Todo cuanto este acontecimiento representaba en el ámbito de las ideas y principios, no solo no le es desconocido, sino que ha constituido el elemento esencial en base al cual ha ido construyendo la idea de la redención política de su patria, la cual, no limita a Venezuela, que es su origen, sino que, naturalmente, la extiende a toda la amplitud del mundo que España ha ido integrando en la América, en el lento discurrir de más de tres siglos.

El lema de la revolución, la acción de la revolución al finiquitar el gobierno de los Borbones, comprometidos por el llamado *pacto de familia* con sus parientes españoles, le hace pensar que ha variado el eje del péndulo en donde se mueven los intereses políticos que, en un momento dado, se pueden mostrar afines a su causa. En la Francia de la "libertad, igualdad y fraternidad", no se propone Miranda encontrar, de inmediato, las razones de contenido puramente comercial que pensó podían mover el interés inglés en apoyo de su proyecto. Allí lo que va a hacer resaltar es la consecuencia de una nueva actitud frente a los derechos de soberanía de los pueblos, que es lo que constituye la esencia misma del movimiento revolucionario.

La fundamentación filosófica de la revolución la conocía Miranda perfectamente y desde mucho antes que ésta estallara. Su preocupación primaria, al establecerse en Europa, de regreso de los Estados Unidos, fue ampliar sus conocimientos a través de la lectura de las obras más variadas y de mayor difusión de entonces. A pesar de que sus relaciones fueron principalmente cultivadas entre filósofos y literatos, no por eso descuidó el conocimiento de los avances que en la ciencia se lograban. Como complemento de este aprendizaje se impuso la constatación de todo cuanto había conocido en teoría, lo cual alcanzó gracias a la oportunidad que le brindara su largo viaje por Europa, el cual inició en Rotterdam y le condujo hasta Rusia, pasando por Prusia, Sajonia, Italia, Grecia, Turquía, Dinamarca, Suecia, Suiza, concluyendo en Francia.

La hora de la revolución, pues, no fue para Miranda algo inesperado o imprevisible. No hay fundamentos sin embargo para pensar que pudo haber previsto su inmediato acceso. Más bien sus biógrafos señalan que en aquella oportunidad en la cual vi-

sitó a Francia, por cierto, cubierto de la más absoluta clandestinidad y amparado por un pasaporte que le acordara Catalina de Rusia bajo el falso nombre de Mirandov, no parece que previó el cataclismo que se avecinaba.

Todas estas circunstancias sirven para explicar su decisión, casi inmediata a los hechos, de buscar en Francia lo que en Inglaterra no había logrado obtener. Al mismo tiempo, el ofrecimiento de sus servicios a la causa revolucionaria. Las angustias y las estrecheces económicas fueron una constante permanente y angustiosa en su vida de desterrado, como siempre ha sucedido en el devenir de los tiempos. Pero para ese preciso momento, no es esa circunstancia, exactamente, la que pesa en forma significativa sobre su destino. La ruptura violenta con el Primer Ministro Pitt amenazaba, ciertamente, la supervivencia del estatus que había logrado formalizar, gracias al cual se beneficiaba con una renta anual que le aseguraba una subsistencia decorosa. Pero sus variadas y poderosas relaciones en la sociedad inglesa permanecían siéndole fieles y constantemente atendían sus propósitos. En cualquier caso, conocía bien el medio y podía disponerse a labrarse alguna fórmula de supervivencia. No es, pues, el interés o el señuelo de un lucrativo empleo lo que hace que Miranda se enrolle en las fuerzas revolucionarias, como efectivamente lo va a hacer muy pronto.

En la primavera de 1792 Miranda parte de Inglaterra con destino a Francia. Ese comienzo de una de sus grandes aventuras —capítulos fantásticos cada una de las vividas por él, las cuales integran esa romántica novela que es su propia vida—, va a comenzar en Normandía, hospedado en el castillo feudal de la familia de Combray, realistas probados. Allí habita varios meses. El personaje resultaba extremadamente atractivo para cualquier salón, mucho más en aquellos momentos, para una familia cortesana, acostumbrada a la vida esplendorosa de París, obligada a permanecer refugiada en la periferia de ese mundo rutilante al cual pertenecía y que veían desvanecerse en medio del pavor que generaba las pasiones desbordadas.

Es posible que en medio de esas gentes, aún con influencias poderosas en la capital, lograra Miranda las cartas de presentación para el Prefecto de París, Petión, las cuales le servirán como billete de entrada a plazas de primera dentro del cuadro que se componía para darle forma y contenido a la acción revolucionaria. Dejemos que el propio Miranda narre los acontecimientos que le dan acceso a la Revolución Francesa y que le van a ubicar en uno de los lugares más destacados de todos cuantos podían ser ofrecidos a un extranjero.

“Mi amigo el alcalde de París (Mr. Petion), viéndome decidido a partir en breve para Inglaterra, donde tenía yo compromisos de la mayor importancia, me preguntó por qué no aceptaba servicio en Francia, por la Causa de la Libertad que yo amaba tanto, etc. . . . Díjome que me darían un puesto ventajoso y que podría prestar servicios esenciales. Le hice ver mi condición de extranjero, y la ingratitud que más tarde se experimenta, como lo había comprobado en América. . . , además de las grandes ventajas que iba a perder yo en América, en Rusia, etc. . . . En fin, me pidió que aplazara mi partida hasta la llegada de Mr. de Servan, nuevo Ministro de Guerra y miembro del poder ejecutivo. . . . Consentí, y el 20 llegó Mr. Servan. . . . Le habló inmediatamente de mí, y le contestó el Ministro que no podía desear cosa

mejor que emplearme, pero que, por ser extranjero, no veía como hacerlo. . . sin embargo, me pidió que esperara un poco.

“El 22, mi amigo el Alcalde me dijo que había arreglado mi asunto, y que Mr. Servan le había prometido emplearme como Mariscal de Campo de los Ejércitos de Francia, si yo quería aceptarlo. —Le contesté que el cargo me era bastante grato al servicio de la Libertad, pero que quería seguridades de cobrar la misma renta, para subsistir después de la guerra, puesto que iba a abandonar mis recursos en otras partes—. Comimos juntos el 23, en la casa de Mr. Petion, y Mr. Servan “me habló sobre el asunto” con interés, haciéndome la misma propuesta y ofreciéndome su amistad; pero me hizo observar la imposibilidad en que se encontraba el gobierno actual de darme seguridades positivas que no dependían de él, ya que la existencia misma (la del gobierno) era, por el momento, azarosa —pero que si la libertad triunfaba, Francia no podría olvidar jamás al extranjero que generosamente se pusiera a su servicio en semejantes circunstancias, de modo que podía yo contar con ello! Le dí las gracias y pedí un poco de tiempo para decidirme”.

En la comunicación que el General Miranda le envía a Servan, puntualizando los compromisos y acuerdos a los cuales han llegado en relación con su ofrecimiento de servir a la República, después de hacer referencia al conocimiento que tiene acerca de la justicia con la cual combaten los ejércitos de Francia, “para el sostenimiento de la Libertad, fuente única de la felicidad humana”, deja establecida como condición básica esencial lo que constituye el motivo primario de todas sus inquietudes: “Es preciso que su causa (la de los países de la América del Sur) sea protegida eficazmente por Francia, por ser la de la Libertad y que se me conceda permiso, en el momento en que se presente la ocasión, de ocuparme principalmente de su felicidad, estableciendo la Libertad y la Independencia del País, de lo cual me he encargado voluntariamente”.

Esa frase final resulta dramáticamente conmovedora, en medio de su extraordinario corte absolutamente romántico. Solo y voluntariamente se ha hecho cargo Miranda de aquella descomunal empresa y con un fascinador sentido de grandeza lo declara, ratificando su inmovible decisión de permanecer leal al compromiso contraído consigo mismo. En ese momento el Precursor estaba seguramente convencido de que había dado el primer gran paso hacia la materialización de sus sueños.

En la historia moderna de Francia figura un gesto de solitaria grandeza, de conmovedora fe en la razón de ser de la patria, aquel del General De Gaulle llamando a la resistencia, que en mucho guarda todos estos radiantes rasgos de maravillosa altivez. Cada uno de ellos, en su hora y en su dimensión, se hicieron representantes de sus pueblos con el derecho que le da al visionario la plenitud de sus sueños cuando los caminos se angostan y las esperanzas se marchitan.

Ya asumido el compromiso, a su amigo, el conde Woronsoff, Embajador de Catalina de Rusia en Londres, le escribe: “En el momento mismo en que esperaba verle y conversar con Ud. acerca de los asuntos europeos, me he convertido en general del Ejército Francés de la libertad y estoy a punto de partir para hacerme cargo de una División en las fronteras. No le asombrará a Ud. verme unido

a los defensores de la libertad, pues sabe que es mi divinidad favorita y que estaba dedicado a su servicio antes de que Francia se interesara por ella”.

Los servicios de Miranda en Francia se inician con el nacimiento mismo de la Revolución, dos días después de la aprehensión de la familia real y concluyen con la definitiva ascensión de Napoleón, ya primer Cónsul. Pero, sus servicios militares propiamente dichos se cumplen en un lapso relativamente corto. Un poco más de un año. Sin embargo lo que va a corresponderle realizar en ese período, y las oportunidades que va a tener para actuar en primera fila en acontecimientos realmente notables para la Revolución, van a permitir el nacimiento y florecimiento de toda su gran leyenda como prohombre de aquellos sucesos tan decisivos para aquel mundo que moría irremisiblemente y al mismo tiempo, para el otro que nacía.

Las acciones militares en las cuales, efectivamente, va a tomar parte, especialmente Valmy, marcarán su propio tiempo y tendrán su propio lugar en la historia de Francia, en la de la Europa y, en consecuencia, en la del mundo occidental. Más que una brillante acción bélica, Valmy marcó la primera gran prueba de lo que iba a significar en lo adelante la presencia del pueblo en armas, defendiendo un ideal que realmente era suyo y que podía sentir como propio. Muy lejos y desvaídos iban a quedar aquellos ejércitos de mercenarios que durante tantos siglos levantaron las monarquías para apoyar sus políticas de conquista. Después será la toma de Amberes, su Jefatura en el Ejército del Norte, los brillantes movimientos tácticos de Holanda, hábilmente ejecutados, a pesar de contar con un ejército bisoño de campesinos, absolutamente inexpertos en el ejercicio de las armas.

Pero lo que luego va a venir son horas negras. La ciudad de Maestrich, que Miranda le pone cerco de acuerdo a los planes de Dumouriez, no se rinde. Debe levantar el asedio y pronto sus tropas sufren, en Nerwindeen, una dolorosa derrota, cuya responsabilidad se le achaca al extranjero, “al español renegado, al aventurero”, como tan vilmente le calificara, con evidente envidia, el norteamericano Eustace, al servicio de Francia, pero sin el disfrute de las altas dignidades que había logrado alcanzar Miranda.

La Convención decreta su arresto. Debe presentarse ante ella. Se le somete a juicio por el Tribunal Revolucionario. El Fiscal Fouquier-Tinville le acusa de cómplice de Dumouriez, en su complot contra la República. Permanece preso en la Conciergerie desde el 4 de abril hasta el 16 de mayo de 1793. El pueblo aplaudió su libertad, “le abrazaron, le llevaron en hombros y le coronaron”. Pero, de todas maneras, allí concluye su periplo militar en Francia. Había durado exactamente quince meses.

Es a partir de la liberación de su primera prisión que se inicia el extraordinario período durante el cual Francisco de Miranda va a consolidar, enfrentado al acontecer cotidiano, su profunda vocación de revolucionario, entendido el cogno-mento como adhesión a la idea de renovación de una determinada situación social

existente, substituyéndola por otra que tiene por basamento la implantación de un nuevo orden que no supone, necesariamente, el caos. Es decir, la idea misma de revolución en su concepción más consecuente con las tesis y posturas pregonadas por los filósofos y enciclopedistas del siglo XVIII tan habilidosamente adoptadas y aplicadas por la ascendente burguesía parisina de aquel momento.

Su permanencia en Francia va a permitir a Miranda un examen directo de las aberraciones que genera toda revolución, entre otras, las víctimas que hace entre sus propios gestores.

Al explicar la decisión que tomó nuestro ilustre compatriota de no salir de Francia, a pesar de todo cuanto había pasado, su biógrafo Roberston, señala que, "aunque se inclinaba a dudar de la sabiduría de ciertas tendencias revolucionarias, se había encariñado con Francia. Adoraba el *millieu* parisiense". Y es evidente que esta observación se acerca mucho a la verdadera explicación de su decisión, pues a pesar de los sufrimientos que le van a deparar sus casi inmediatas nuevas prisiones, cumplidas en "La Force" y en las "Madelonnettes", obra de la aversión de Robespierre, va a permanecer en París haciendo política, en la calle y en los salones, en los clubes y en los escondites. A este sentimiento, que tan en acuerdo estaba con su forma de ver y disfrutar la vida, debe sumársele el otro que generaba su idea de encontrar, algún día, en aquel país que había protagonizado acontecimientos tan notables para la libertad, la ayuda indispensable que solicitaba, con tanta consecuencia y desde hacía ya tanto tiempo, para lograr que también en su patria y en las otras colonias españolas de América, llegara esa llama de renovación de la condición humana, tan entrañable para él, que significó la hora radiante de la Revolución Francesa.

Junto con sus preocupaciones por la marcha de la política gala, enfrentada a tantas contradicciones después de la caída de Robespierre, Miranda no descansa en su ansiosa búsqueda de apoyo a su gran ilusión. Su adhesión a la causa de la libertad, del individuo y de los pueblos, resulta realmente conmovedora. A esa actitud suya se refieren, con mucha frecuencia, sus amigos y también sus enemigos. Repleto está su diario de notas y recuerdos que particularizan esos comentarios.

La idea de vivir y disfrutar intensamente el mínimo instante de felicidad que se logre atrapar, muchas veces incidentalmente, tan común en los tiempos que prosiguen a las grandes conmociones sociales, dominó a la Francia post-revolucionaria. Las costumbres se hicieron extremadamente livianas y cundió por todas partes la intención de explicar cualquier situación factible de generarse como consecuencia de respuestas impulsivas a lo que la vida ofrece cotidianamente.

La vida de Miranda en Francia se caracteriza por un desbordamiento *in crescendo* de sus pasiones. Derrocha el dinero que no es suyo y que le facilitan en préstamo los amigos. Habita uno de los más bellos apartamentos de París, al menos ese era el criterio de Napoleón, en donde exhibe libros a montones en ediciones príncipes, estatuas, grabados y pinturas, muebles y alhajas. Ama desordenadamente. Reúne en torno suyo a lo más distinguido de la sociedad en auge, que crecía y tomaba las antiguas posiciones dejadas por los nobles con una avaricia

de placeres propia del recién llegado de siempre. La vieja moral había quedado muy mal situada, al tiempo que la religión cedía su puesto a la reivindicación de la razón, según asentaban los libelos políticos.

Reclamaba la paga que no se le había cumplido y echaba en cara al gobierno la ingratitud con la cual se le había correspondido. Hasta parece que aspiraba alcanzar altas posiciones directrices de la Nación. Pero todo, todo, sucedía en torno a su incansable actividad en torno a la gran idea de independizar a las colonias hispano-americanas.

Ese tiempo de tanta espera, unas veces en el calabozo, otras en la calle, bullente de todo género de atracciones, como efectivamente lo fue el París del Directorio, o en el gabinete del político, en donde proponía planes de liberación y recibía propuestas para ir a Santo Domingo en funciones de Gobernador, desde donde, se pensaba, podría organizar la insurrección de las colonias españolas, le va a consumir casi nueve años, al final de los cuales está lleno de desilusiones por lo poco que tras de sí había dejado la Revolución, capaz de ser salvado en beneficio de su idea. La insistencia demostrada por la policía española, en el sentido de presentarle como un aventurero cualquiera, renegado de su patria y de alguna manera inclinado a vivir de lo que podía producirle la venta de informaciones más o menos secretas, pudo, de alguna manera, haber conseguido sus propósitos. Por otra parte, su inquebrantable decisión de permanecer fiel a su amada idea libertaria, que nunca nadie pudo hacer que traicionara, a pesar de los halagos recibidos, ha debido hacerle aparecer como un individuo un tanto incómodo.

La imaginación vuela en forma increíble cuando de lo que se trata es de buscar salidas a una gran ilusión. Es esa la situación que Miranda vive en el curso de sus últimos meses de estadía en Francia. Reúne a unos cuantos naturales de los países hispano-americanos y con ellos forma una supuesta Junta de Representantes de las Colonias, la cual produce instrucciones que muy pronto va a utilizar ante el Gobierno Inglés el gran soñador.

“Una peluca y anteojos negros disfrazaron a Miranda cuando, el 3 de enero de 1798, partió secretamente de la capital francesa”, según escribe Roberston. Viaja con un pasaporte ruso y bajo el nombre de Mirandov. Así se cierra, prácticamente, el tiempo de su gran aventura de “sans-coulotte”, tal vez la que mayor contenido fabuloso haya tenido entre todos los capítulos de esa extraordinaria novela que es su propia vida.

La decisión de Miranda de alistarse en las filas del ejército de Francia, su permanencia en el país luego de haber sido objeto de persecuciones y desprecios, su interés en ligarse con la vida política, de integrarse a la lucha sostenida contra las desviaciones que sufrían los principios revolucionarios esenciales, todo eso tiene un solo sentido y busca un único resultado: generar un aliado efectivo para la causa de la libertad de las colonias hispano-americanas.

Una vez producida la deformación de los principios revolucionarios originales, ya los hombres como Miranda no tenían cabida en aquella gesta, cuyo origen había sido tan marcadamente idealista. En este sentido es Barras quien más acer-

tadamente definió la posición del gran soñador que fue el Precursor: “ni su origen, ni su carácter, ni sus ideas, ni sus relaciones cosmopolitas, ni el papel que él se ha asignado de ser siempre y para todos el campeón de la libertad, le permiten ser un nacionalista francés”. Como apunta Parra Pérez en su obra crítica sobre la Revolución Francesa, Miranda era uno de “aquellos europeos inventados por Rousseau”. Es decir, un ciudadano del mundo, para un mundo que aún está en gestación.

Miranda va a vivir el tiempo necesario para poder vislumbrar la materialización de su gran sueño. En ningún momento dejará de ser el personaje central de un conmovedor drama, en donde ese juego entre la vida y la muerte, entre el disfrute y la pena, se va a cumplir en medio de un embrujado ambiente en el cual se mueven caprichosamente las escenas de Watteau, enmarcadas de sus idílicas guirnaldas y las grotescas figuras de Goya. Diez y ocho años va a durar ese periplo final, epílogo prolongado de una existencia absolutamente encuadrada dentro de las normas más estrictamente sujetas a la preceptiva impuesta por el romanticismo.

Francia permanecerá curiosamente aislada de todo proceso independentista de la América Española. Las pretensiones de Napoleón, en el sentido de establecerse como potencia reemplazante de España en los dominios coloniales, va a causar serios contratiempos que repercutirán desfavorablemente en la confianza que los insurgentes hispanoamericanos podían haberle naturalmente ofrecido. Esta situación va a reflejarse muy especialmente en Venezuela, en donde la presencia de comisionados del Emperador va a dar origen a un importante movimiento de afianzamiento de la voluntad nacional al manifestar su repudio a los intrusos. Dos años antes Miranda había logrado, por fin, pisar la tierra de América y enarbolar en la población de la Vela de Coro, por primera vez, la bandera que había ideado y que hoy es la de Venezuela, Colombia y Ecuador.

La expedición concluye en fracaso y Miranda va a regresar a Londres, en donde permanece, tercamente aferrado a sus ideales y proyectos, hasta 1810, cuando retorna a Venezuela para servirla como mentor, en el campo civil y en el militar. Se le designa Generalísimo de las bisoñas fuerzas nacionales y en ejercicio de ese cargo y como Dictador protagoniza el último acto de su drama al suscribir la rendición de aquellas ante las fuerzas españolas. Es hecho prisionero y se le remite como tal a España, en donde muere, prisionero y más o menos olvidado de sus compatriotas que en ese momento libran una guerra a muerte contra sus antiguos dominadores.

La Restauración se instala al tiempo en que la independencia de los pueblos hispanoamericanos se afianza por la fuerza de las armas. Esta coincidencia descarta toda posible cooperación por parte de Francia. Las esperanzas regresan a Inglaterra, en donde se reclutan hombres y se proven de armas y pertrechos los legionarios que van a combatir al lado del Libertador, en su gran mayoría antiguos combatientes de los ejércitos que se habían enfrentado a Napoleón.

A pesar de todas estas circunstancias desfavorables al establecimiento y desarrollo de relaciones estrechas entre Francia y los nuevos países que surgían a la

vida independiente, concretamente el mío, jamás el afecto y la admiración por este país ha desaparecido. He pensado siempre que los pueblos guardan celosamente en su memoria las señales que les sirven para identificarse, ante sí mismos y ante los demás. Lo que Venezuela recibe de Miranda y que luego trasmite a los demás pueblos que integran la América Hispana, es el mensaje de fe en los altos designios que el espíritu reserva a quienes se aferran a la libertad como principio y fin del quehacer humano en su más alta concepción. Exactamente, la síntesis más precisa del legado que nos deja la Revolución Francesa.

Hoy hemos rendido homenaje a un venezolano universal que en la hora más esplendorosa, tal vez, de la historia de Francia, se entregó a ella para compartir con sus hijos la decisión de hacer de la libertad un culto y de la guarda de la dignidad humana razón y sentido de vigilia sin desmayos.

Por los méritos que aquí se han mencionado se hizo ciudadano francés y con tales preeminencias ocupa ahora este lugar. Quede aquí para el recordatorio de aquellos que han de venir.